

no tuvieron inconveniente en dejarles, a pesar de lo que Hungría había significado en la Historia como baluarte del Occidente. La catedral de Györ fue bombardeada, y el autor de esta biografía nos informa sobre las violencias que, como en otros territorios por ellos ocupados, cometió la horda salvaje vencedora, y de cómo el Obispo se esforzó en amparar muy especialmente a las mujeres perseguidas por los comunistas. Precisamente en uno de esos asaltos contra un grupo de mujeres que habían buscado refugio cerca de él, tres balas le alcanzaron. Las atenciones médicas no pudieron salvar su vida, pero él manifestó su agradecimiento a Dios porque su ofrecimiento hubiera logrado salvar a aquellas mujeres. Sus últimas palabras fueron para pedir perdón a Dios y a los hombres, perdonar a sus enemigos, y ofrecer su muerte por su querida patria. «¡San Esteban —exclamó— intercede por la pobre Hungría!». Un final santo de una vida santa, y un ejemplo para todos, y muy especialmente para los obispos.

Un mártir de la Fe debe ser siempre recordado, pero cuando, al mismo tiempo, su muerte es en defensa de la Patria, esto tiene una especial significación para los españoles, que hemos tenido experiencias parecidas, y conviene recordarlo aún más hoy, en un momento de indigno olvido de esa virtud que es el amor a la Patria, y de nuestros mártires de la Cruzada.

ALVARO D'ORS

Alsina Roca, José María: EL TRADICIONALISMO FILOSOFICO EN ESPAÑA. SU GENESIS EN LA GENERACION ROMANTICA CATALANA (*)

El profesor Alsina acaba de publicar un importante libro en el que sólo encuentro un desacierto: el título. Que me temo alejará lectores si al curiosear los escaparates de las librerías se detienen en la portada. Porque la obra de Alsina no es, en modo alguno, un estudio erudito de aquella corriente filosófica que tuvo su primera figura en Bonald y que hoy sólo interesará a especialistas en historia de la filosofía. Se trata, por el contrario, de una revisión de las doctrinas políticas tradicionales en el siglo XIX español, en las que tuvo su influjo, ciertamente, el tradicionalismo filosófico, aunque, en mi opinión, escaso y de ningún modo determinante. Estamos, pues, ante un trabajo que entra

(*) *Biblioteca Universitaria de Filosofía*, núm. 6. Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1985, 266 págs.

plenamente en el campo de la historia de las ideas políticas y sólo incidentalmente en el de la filosofía.

Su contenido es sumamente amplio y, por ello, no puede ser exhaustivo. Son así desiguales, en extensión y en profundidad, los análisis de diversas facetas del pensamiento tradicional. Algunos de ellos: el referido al periódico *El católico*, el estudio de la actividad periodística de Balmes, las páginas dedicadas a José María Quadrado, excelentes. Otros temas, analizados más de pasada, tienen asimismo gran interés.

Es preciso comenzar toda referencia al trabajo de Alsina por el espléndido y amplio prólogo —quince densas páginas— del doctor Canals, verdadera y magistral síntesis del libro y, a nuestro entender, una de las más interesantes y decisivas interpretaciones de la historia política y filosófica de los dos últimos siglos de Cataluña y, por el peso de esa región en el conjunto patrio, y por extensiones de juicio a realidades externas a Cataluña, en cierto modo de España.

Nuestra coincidencia con Canals es plena. Si siempre pueden adivinarse algunas salvedades de matiz son, en este caso, tan nimias que es absolutamente irrelevante señalarlas. Desde su saber metafísico su análisis del tradicionalismo filosófico y, sobre todo, de sus consecuencias políticas y sociales nos parece irrefutable.

La «desenfocada perspectiva» que advierte, con Alsina, en Menéndez Pelayo al atribuir éste al tradicionalismo político la filiación de los «elocuentes y peligrosos apologistas neocatólicos del tiempo de la Restauración francesa», estamos totalmente de acuerdo en que responde a una intención polémica con el integrismo nocedaliano. Eran los tristes tiempos para la causa religiosa de la Unión Católica, de Pidal, en los que obispos, clérigos y laicos andaban verdaderamente a la greasca con beneficio exclusivo de los enemigos de la Iglesia.

Definitivo su análisis, modelo de síntesis y precisión, del tradicionalismo filosófico o, mejor dicho, de su «sentido equívoco y confuso». Es apenas una página pero será imprescindible acudir a ella cuando se quiera tratar ese tema.

Pleno de sugerencias el «sorprendente proceso» que lleva de aquel catolicismo político militante, ultrarrealista y antiliberal de la primera época de Lamennais a los «cristianos para el socialismo» de hoy. Las profundas raíces de escepticismo que tan acertadamente señala Canals en el tradicionalismo filosófico llevan a esta paradoja. Y el influjo romántico de entonces, tan propenso a cualquier desvarío, creemos que no es ajeno tampoco

a muchas de las posiciones extraviadas de hoy. Porque el romanticismo, aunque dio nombre a una época, es una constante más o menos acentuada en el devenir de la humanidad. El rechazo de la norma y la autoridad, la primacía de la voluntad, el confundir el sueño con la realidad, la búsqueda de utopías son tentaciones que siempre han acechado al hombre. Y en el cura guerrillero, en el liberador del pobre —aunque en realidad termine siendo un explotador más violento y más cruel o el más ciego servidor de otros explotadores— hay una profunda connotación romántica.

Y si hemos visto, en una perspectiva universal de la Iglesia, tan peregrino acontecer, también es sorprendente lo ocurrido en el espacio concreto de Cataluña. El influjo foráneo terminó en el catalanismo y el separatismo. La tradición escolástica, antiliberal y contrarrevolucionaria que Menéndez Pelayo consideró quebrada y sustituida por la escuela francesa de Chateaubriand, De Maistre y Lamennais no hubiera conducido a esos resultados. Canals niega incluso la muerte de aquella escuela y señala continuadores hasta nuestros días. Sí; los hubo, los hay. Desgraciadamente escasos. Pero efectivamente no han sido ellos los que han configurado la Cataluña de hoy convirtiéndola en un «pueblo desmemoriado y desmedulado». Y así tenía que ser, pues de conocer su pasado, asumirlo y continuarlo caminaría por senderos muy distintos a los de estos años. La invocación al pasado catalán es mera retórica. Ellos, en verdad, son los sucesores de Felipe V y sus fuerzas invasoras, de Hegel, de Carlos Marx, de Pi y Margall o de Gustavo Gutiérrez. Todo es extraño a la verdadera, a la única *tradició* catalana. Bien pueden ser calificados de *botiflers*.

Era inexcusable, si se quieren rastrear los influjos franceses, referirse a la Francia postnapoleónica (págs. 13-61). La visión panorámica sobre la monarquía restaurada de Luis XVIII y Carlos X, señalando sus claudicaciones y cobardías es inobjetable. Y me parece de la mayor importancia la constatación de que muchos verdaderos realistas asistieron a la caída de aquella monarquía, que tantas esperanzas había suscitado en ellos y que intentaron consolidar por vías distintas de las que siguió el escéptico Luis XVIII, con absoluta indiferencia. La monarquía no era un bien absoluto. Si traicionaba otros superiores, no valía la pena defenderla. Hubo que esperar muchos años para que se volviera a producir la identificación católico-monárquica en torno a la figura plena de dignidad del último Borbón legítimo, el conde de Chambord.

¡Qué breves las páginas dedicadas al movimiento católico francés de reivindicación de los derechos de la Iglesia acaudillados por Montalembert, Veuillot y monseñor Parisi! Es comprensible, pero el lector, sin duda, quisiera saber más. Hay capítulos de la historia que condicionan años y años posteriores. Y este es uno de ellos. Sus ecos se oirán aún en el primer concilio Vaticano.

Afirma Alsina que, «en la escuela apologética catalana podremos encontrar, con toda claridad, aquellas características propias del movimiento católico francés: tradicionalismo filosófico, actitudes y sentimientos románticos y una decidida voluntad de no confundir su acción política con la del legitimismo dinástico». Entiendo que hay que matizar esta posición. El romanticismo era la característica de la época y era lógico apareciera por doquier. No se trataba de un mimetismo sino de un ambiente. El distanciamiento del legitimismo monárquico era obligado en España. Don Carlos acababa de perder la guerra y era todavía imposible alzar políticamente sus banderas. Ello suponría, cuando menos, la cárcel. ¿Y, en cuanto al tradicionalismo filosófico? Que Balme estaba fuera de él es una evidencia que, naturalmente, también recoge Alsina. Roca y Cornet asume abiertas distancias en *La civilización* respecto a tal movimiento. En *El católico* se señalan sus exageraciones. Las páginas que Alsina dedica a Donoso son luminosas y exoneradoras. Quadrado, en su larga vida, tuvo momentos de tradicionalismo filosófico. Y lo fue Ferrer y Subirana, aunque su prematura muerte le hace figura episódica.

Es preciso tener también en cuenta la profunda admiración y gratitud de los católicos no galicanos ante el *Du Pape* de De Maistre, ante las ardientes campañas del primer Lamennais o ante la conmoción que produjo *Le genie du christianisme*. Extravíos del movimiento respecto a las virtualidades de la razón, por gravísimas consecuencias que pudieran tener, pasaban inadvertidos a muchos.

Las páginas dedicadas a los tiempos anteriores a la muerte de Fernando VII señalan la enorme diferencia entre la sociedad francesa, profundamente afectada por el galicanismo, el jansenismo, la Enciclopedia y la Revolución y la española, absolutamente ortodoxa salvo las excepciones de todos conocidas, que no llegaron a calar en el pueblo. Por ello, en una Francia deschristianizada y que acababa de sufrir el atroz azote revolucionario que pretendió ser sazonado fruto de la razón, pudo surgir *ex nibilo* el tradicionalismo filosófico mientras en España se continuó la

tradición escolástica que tiempos antes nos había colocado en las cumbres del pensamiento.

Coincidió también con Alsina en su visión de lo que la historiografía liberal denominó «ominosa década». Una mínima discrepancia en cuanto a Calomarde. No se hizo «su» política. Sirvió ciegamente la de su amo. Eso era lo que quería Fernando VII y por eso lo quiso Calomarde. El fue el prototipo del «servil».

En la caracterización del partido moderado, Alsina no es original aunque sí verdadero. Tampoco lo pretendió. Aduce citas, muy conocidas la mayoría de ellas, de otros autores. Y eso fueron. Una aristocracia sin raíces populares que pretendía reconducir la revolución a un *tempo* que realmente desafinaba. Y esa fue nuestra historia desde 1833. Frágiles barreras moderadas a una revolución que termina arrasándolas siempre.

El intento de popularizar esa *elite* enraizándola en las masas carlistas y católicas nunca se consiguió. Entre otras razones porque los moderados nunca lo permitieron. Les aterraba que pudiera tachárseles de absolutistas. Alsina da cumplida referencia de las primeras tentativas.

Su análisis de la crítica situación de la Iglesia española hasta el Concordato de 1851 (págs. 102-117) es, quizá, la parte menos interesante del libro porque es época de la que existe abundante bibliografía. Nada hay que objetar, sin embargo, a sus afirmaciones. Responden a la verdad.

La primera guerra carlista no permitió a quienes sostenían el pensamiento tradicional elaborar por escrito su ideología. Estaban demasiado ocupados en manejar el fusil para tener tiempo de coger la pluma. Además, las ciudades —donde estaban las imprentas, las librerías y los lectores— eran posesión del enemigo. En ellas, quienes pensaban en tradicionalista, tenían que disimular sus intenciones. Creo que esta es la causa, y no un deliberado intento de alejarse del legitimismo, como en Francia —legitimismo que allí poco o nada benefició a la causa católica—, el que dio tono a *La religión* o a *El católico*.

Excelente el capítulo dedicado a estas revistas (págs. 123-148) como el siguiente, que se refiere a las publicaciones en que colaboró o que dirigió Balmes: *La civilización*, *La sociedad* y *El pensamiento de la nación* (págs. 149-191). Un trabajo de Alsina directo sobre las fuentes, con sólido criterio y conocimiento del entorno político, social y filosófico. Son, en unión de las siguientes sobre Quadrado y Donoso, las mejores páginas del libro. Sin duda habrá que contar con ellas en lo sucesivo para tratar de la

época si no se quiere hacer una historia parcial como, desgraciadamente, ha abundado tanto en nuestra patria.

Los orígenes de la *Renaixença*, con los que concluye el libro (págs. 243-253) en torno a la importante figura de Rubió y Ors, me parecen más un señalar pistas de investigación que un capítulo concluso. Y animo a Alsina, que tan bien conoce la época y sus consecuencias, a que insista en ello. El trasvase de parte del catolicismo político —carlista o integrista— hacia posiciones nacionalistas e incluso separatistas tiene que ser explicado por historiadores de nuestras ideas, como el profesor cuyo libro comentamos. Campión, Torras y Bages, Sabino Arana, Prat..., necesitan una interpretación seria ya.

El liberalismo decimonónico, entiendo que más por anticatólico que por centralista, está en la raíz misma de la actual desintegración de España. Y, curiosamente, los resultados son la negación de lo que en verdad fueron las Vascongadas o Cataluña, salvo apariencias folklóricas o idiomáticas. Muchos de los soldados de don Carlos María Isidro no entendían el castellano pero estaban mucho más lejos ideológicamente de los actuales etarras, que lo hablan perfectamente, que de los soldados cristinos con los que se batían en los campos de batalla.

Los repetidos y siempre frustrados intentos de crear partidos católicos, la perpetua incapacidad política del centrismo español —llámense moderados, conservadores o UCD—, las constantes disensiones entre los líderes del protagonismo católico, aparecen en el libro de Alsina como testimonio del pasado y hoy es una herencia que nos abrumba como pesada losa.

Estamos, pues, ante un importante libro que no es sólo una lectura de la historia próxima sino también fuente de meditación para nuestros días. Porque los problemas con los que se enfrentaron nuestros abuelos no sólo no se han resuelto sino que perviven agravados y más amenazadores. Nuestra felicitación al profesor Alsina es no sólo agradecida sino también interesada. La historia de las ideas políticas sirve para hacer saberes operativos. La actual indigencia intelectual de nuestros políticos y de nuestro pueblo necesita de obras como ésta para conocer nuestro próximo pasado y construir un futuro mejor. Y los que nos sentimos herederos del pensamiento de Donoso y Balmes, de Roca, Cuadrado y Rubió, nos aprovecharemos especialmente de su lectura.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA.